

LA CENICIENTA

Les contes des fées sont absurdes et puérils, cela est sur. Mais j'ai bien de la peine à en convenir, tant je les trouve jolis.

A. FRANCE

(Le livre de mon ami).

Aprendí que es preciso soñar cosas bellas para realizar cosas buenas. Gloria a mis cuentos de hadas! No maldeciré nunca de ellos! Felices los que saben hacer de la vida un bello cuento.

J. BENAVENTE

(El príncipe que todo lo aprendió en los libros)

La tropa formada por los seres que han poblado y pueblan los ensueños infantiles pasa ante mis ojos. Son los seres creados por la imaginación ingenua de los pueblos primitivos e inmortalizados por Perrault, los Grimm, Madame d'Aulnoy, Madame Leprince de Beaumont y Joel Chandler Harris:

El Pulgarcito con su diminuto calzón rojo, su casaca azul, sus medias blancas y sus zapatos de cuero leonado, viene con la sonrisa de la confianza en sí mismo al frente de sus hermanos: Caperucita lleva la linda cabeza cubierta por la gorra encarnada que le ha dado el nombre que suena lleno de encanto en los labios de los niños y de los hombres que no han olvidado que fueron niños. De su brazo cuelga la cesta en donde van la torta y el tarro de mantequilla para la abuelita enferma; Barba-Azul inmenso y terrible: en la mano agita la llave manchada de sangre, la esposa tiembla a sus pies en lo alto de la torre. Ana, la hermana, grita que sólo mira el sol que reverbera y la yerba que verdea; la Bella Durmiente del Bosque hace su sueño de cien años en un lecho deslumbrante de oro y plata en aquel castillo solitario, del cual apenas pueden verse de lejos sus torreones que asoman sobre una muralla de árboles y de malezas; Piel de Asno guarda los pavos de la alquería en que sirve o se pasea dentro de su cuartito miserable, arrastrando la cola del vestido color de tiempo,

mientras el príncipe curioseaba por la cerradura; el Gato con botas corre, riendo con malicia, delante del coche en que van el rey y su amo el Marqués de Carabas; Riquet, el del Copete, pasa feo y contrahecho pero lleno de sprit haciendo reverencias y las hijas de la viuda dejan escapar al hablar la una, la amable —perlas, rosas y diamantes y la otra— la malhumorada, sapos y culebras.

Viene luego el mundo de los Grimm con su inolvidable princesa Blanca-Nieve, quien nació tal cual la deseara su madre, aquella reina que cosiendo en un día de invierno cerca de su ventana enmarcada en ébano, se pinchó un dedo con la aguja y tres gotas de sangre cayeron sobre la nieve que cubría el alféizar. "Pudiera tener yo" —se dijo— "una niña cuya tez luciera la blancura de esta nieve, el encarnado de esta sangre y cuyos cabellos fuesen tan negros como el ébano de la ventana". Tomasillo Pulgar busca abrigo y lo encuentra en un caracol; Hermanito y Hermanita se detienen hambrientos frente a la casita de turrón y el Príncipe Rana saca del estanque la bola con que juega la hija del rey.

El Pájaro Azul de Madame d'Aulnoy se lamenta en el ciprés que está frente a la torre donde tienen encerrada a su prometida.

Madame de Beaumont hace desfilar las figuras de su lindo cuento "La Bella y la Fiera", tan parecido al mito de Psiquis y el Amor.

Las siluetas cómicas que vagabundeaban sobre los labios carnosos de los negros y que Chandler Harris fijara en las páginas de un libro, se deslizan ejecutando sus piruetas que han esponjado en carcajadas tantas bocas de niños de piel morena y de piel blanca y fina. Bien que al llegar a nosotros, nuestras abuelas transformaron estas siluetas: son ellas, la de tío Conejo, más ladina que la de abogado viejo; la de tía Zorra, cuya proverbial astucia de nada le sirve ante el ingenioso Conejillo y la de tío Coyote, simplona y crédula como la de un campesino cándido en una ciudad.

Entre estos grupos de seres imaginarios y que, sin embargo, han conmovido más nuestra sensibilidad que muchos seres reales que se afanan en la vida, va y viene un tropel de hadas jóvenes y viejas, vestidas con trajes resplandecientes o cubiertas de harapos y armadas de su varita mágica; de gnomos alegres coronados de flores y que bailan a los sonos de sus arpas de oro; duendes traviosos que

ya deshacen muriéndose de risa la calceta de la vieja regañona, como terminan en un abrir y cerrar de ojos la tarea del pobre zapatero.

Pero de todas estas figuras ninguna tan gentil y bella como la de Cenicienta. Envuelta en su sonrisa triste y bondadosa se desliza entre el alma infantil con la misma dulzura de un rayo de luna.

¿Quién de los que la conocen de pequeños no ha hecho de su corazón un relicario para llevarla en él tal como la soñara Doré, sonriendo con la placidez y la serenidad que hay en los labios de las almas puras y asomando tímida la punta de su pie calzado con la zapatilla de cristal?

Y esta zapatilla de Cenicienta!

Mientras la inocencia vive dentro del espíritu, el menudo chapín transparente se agita entre las brumas azules que flotan en los ensueños de los primeros años, tal como una barquita portadora de algo misterioso, aquello que ya de hombre uno llama el ideal.

La Cenicienta es el primer cristal de Belleza que se prende del alma. Antes de conocerla, todas las ideas que de lo bello se tienen se agitan imprecisas en la inteligencia, pero a su llegada se unen y forman esa blanca y delicada forma que se nos queda dentro para mientras vivamos.

Los niños católicos que saben de ella, la ponen al lado de la Virgen María. Conozco una chiquilla que no quería pensar que la Madre de Dios fuese más buena o más bella que la Cenicienta.

Ser como Cenicientilla! Ser linda como ella! Sufrir y llorar como ella! He aquí el deseo más vehemente de muchas pequeñas soñadoras.

Es la primera santita mártir del calendario de los niños. Antes de Santa Eulalia, de Santa Lucía, de Santa Agueda, está Santa Cenicienta llorando entre las cenizas por las crueldades de su madrastra y de sus hermanas.

Las lágrimas más tempranas que recuerdo haber derramado por algo que no implicase un dolor físico, fueron por ella, cuando siguió con sus ojos a las hermanas que se marchaban al baile. ¿Por qué no la llevaban si era linda y joven y deseaba tanto ir?

En la manera de contar el cuento los Grimm, hay un detalle que hace pensar en la sencillez de corazón del Santo de Asís y que nunca que yo sepa ha dejado de conmover a los niños que lo leen o

escuchan; es aquel del padre que se va de viaje y pregunta a sus hijastras y a su hija qué desean les traiga. Ellas piden ricos vestidos y alhajas, pero Cenicienta sólo quiere un gajo verde de alguno de los árboles que él encuentre en su camino. ¿Y acaso en otros pasajes no la hace el cuento digna de caminar al lado de este San Francisco, hermano del lobo y de las tórtolas, que dice la leyenda? ¿Las aves del cielo no acudían también a ella llenas de confianza, porque como aquel bienaventurado era limpia de corazón?

Como en todo el relato conserva esa ingenuidad y gracia de la inocencia, los niños la comprenden mejor que a cualquier otro de los personajes que les hacen conocer y así es Cenicienta, antes que Jesús, quien les dice de la paz y dulzura que quedan en el alma cuando se perdona y hace bien a quienes nos hacen mal. ¿No pone en sus manos toda la gracia de su pensamiento, para peinar y adornar a sus hermanas que se van al baile, cuando todavía en sus pestañas tiemblan las lágrimas que han hecho brotar las burlas de aquellas?

Los sarcasmos y las crueldades de la madrastra y de sus hijas no son suficientes para enturbiar la tranquila diafanidad de su espíritu.

Cuando la zapatilla de cristal que no entró en los pies de las grandes damas, se acomodó en el breve pie de Cenicienta ante los admirados ojos de los mensajeros del rey y los envidiosos de sus hermanas, su actitud no fue de triunfo sino de perdón, pero con una nobleza tal que más bien parecía estar pidiéndolo por tener que concederlo. La alegría a que nunca había estado acostumbrada, hizo florecer magnífica su bondad. Su gesto aquel cuando se inclina para levantar y besar a sus hermanas arrodilladas ante ella y pedirles que la amen, queda en relieve en nuestro ser interno como una perenne lección de graciosa benevolencia.

La narración toda está impregnada de esa doctrina de perdón que han predicado hombres cuyo nombre ha llenado el mundo y sin pretensiones de sermón; con la sencillez y encanto de una fuentecilla de aguas puras se entra por el alma de los niños y les deja un caudal de indulgencia que la vida no logra agotar.

Bendito cuento este de Cenicienta y su zapatilla de cristal que dejó perdida en la escala del palacio del rey cuando oyó sonar la primera campanada que indicaba la media noche! Lo maravilloso que

encierra posee el encanto de las bellezas que no producen ningún bien material; la gentil inutilidad de la espuma que palpita sobre la copa que contiene una bebida generosa; la de la anunciación del fruto que hay en la seda de los pétalos.

Benditas maravillas que fueron en nuestros ratos de ocio como la miel que la madre pone sobre la rebanada de blanco pan! La buena hada apareciendo entre las tristezas de las cenizas; la calabaza convertida en carroza; los ratones en caballos; la rata en cochero; los lagartos en lacayos y el vestido mugriento de la doliente doncella en un traje en el que el oro y las piedras preciosas deslumbraban.

Es de los cuentos que debieran ser contados siempre por los labios temblorosos de una abuelita sentada en un viejo sillón, colocado en el rinconcito más tibio del hogar.

En cuanto a mí, siempre diré de Cenicienta lo que Verlaine, ya viejo, de Piel de Asno:

"Si Peau d'Ane m'était conté
J'y prendrai un plaisir extrême".

1914